

EL DIA

AÑO III - Nº 101
Montevideo, Setiembre 23 de 1934.



El porta aviones norteamericano "RANGER",
entrando al puerto.
foto J. Canessa

RECORDANDO A Manuel Larravide.



Manuel Larravide



ONOCI a Manuel Larravide en los últimos días de Setiembre de 1899, a poco más de dos meses de mi llegada del Salto, para ingresar en la Facultad de Derecho.

Vivia entonces el pintor en la casa que había sido de su tío abuelo don Francisco Lecocq, en la calle Treinta y Tres, entre Sarandí y Buenos Aires, vereda oeste.



CARICATURA DE
MAYOL A LARRAVIDE

Si no que fuese la primitiva casa solariega, era una casa amplísima, de líneas sobrias, con aspecto de palacio italiano, llena de mármoles, que todavía subsiste en variante esencial, fuera de haber sacado a la calle, por el lado más próximo a Sarandí, una escalera que independizó los altos de los bajos.

Yo iba en compañía de José Pedro Montero Bustamante —uno de mis primeros amigos montevideanos— amable bohemio que desperdigó su talento, por cuya cuenta corrió la presentación.

Larravide ocupaba en la planta baja, el departamento entrando a la derecha y, en tales condiciones, podía darse el gusto de disfrutar un hermoso taller donde los amigos iban por la tarde a tomar té.

Era el pintor hombre grato de primera intención y de muy distinguidos modales, sin sombra de amaneramiento o petulancia social, pese a que emparentaba con lo que aquí había de más copetudo.

Guardo de aquella visita primera el recuerdo de una especie de sorpresa que me ocasionó cierta dificultad de juntar al pintor, con su blanca gorra de marino de visera charolada, tal como lo veía delante de mí, con el marinista según yo lo conocía desde el Salto a través del retrato dibujado por Paciano Ross, que había aparecido en el Almanaque Sudamericano, de 1895.

En el dibujo de Ross, efectivamente, Larravide no da la impresión de ser tan rubio como era, ni de que los ojos, tampoco, fueran tan transparentes ni de tan cargado azul.

Además, me pareció más joven que en el retrato del Almanaque.

Nuestro pintor andaba en aquellos días por los veintisiete años. Nació el 22 de Octubre de 1871 —nació en la calle Agraciada casi esquina Gómez, frente a la vieja quinta de Elzaurdía— faltábale un poco para cumplir los veintiocho.

Estaba en plena juventud y, sin duda también, en el ápice de su carrera artística.

Casi diez años iban pasados desde el día de 1890 en que expuso en las vidrieras del antiguo bazar Jacob, su cuadro del vapor "Apolo" fondeado en la bahía.

Carrera extraordinaria, según la calificó una pluma de la época diciendo verdad, pero asimismo carrera de pura vocación fácil, de precocidad, de iniciamiento y por lo cual, también, carrera peligrosa, propensa a la "panne" que puede sobrevenir en tantas ocasiones.

En Manolo Larravide, por desdichada suerte, hubo algo de esto.

Particular coincidencia, en la cual alguna vez —contemplando a esta distancia el recorrido artístico de Larravide— llegué a sospechar la sombra de un presagio: el primero de sus cuadros "que ya dijo algo" y que, con todos los reparos que le cupiesen podía llamarse un cuadro, representaba un velero sorprendido por la calma, inmóvil en medio del mar, y al que le había puesto de título "En panne"...

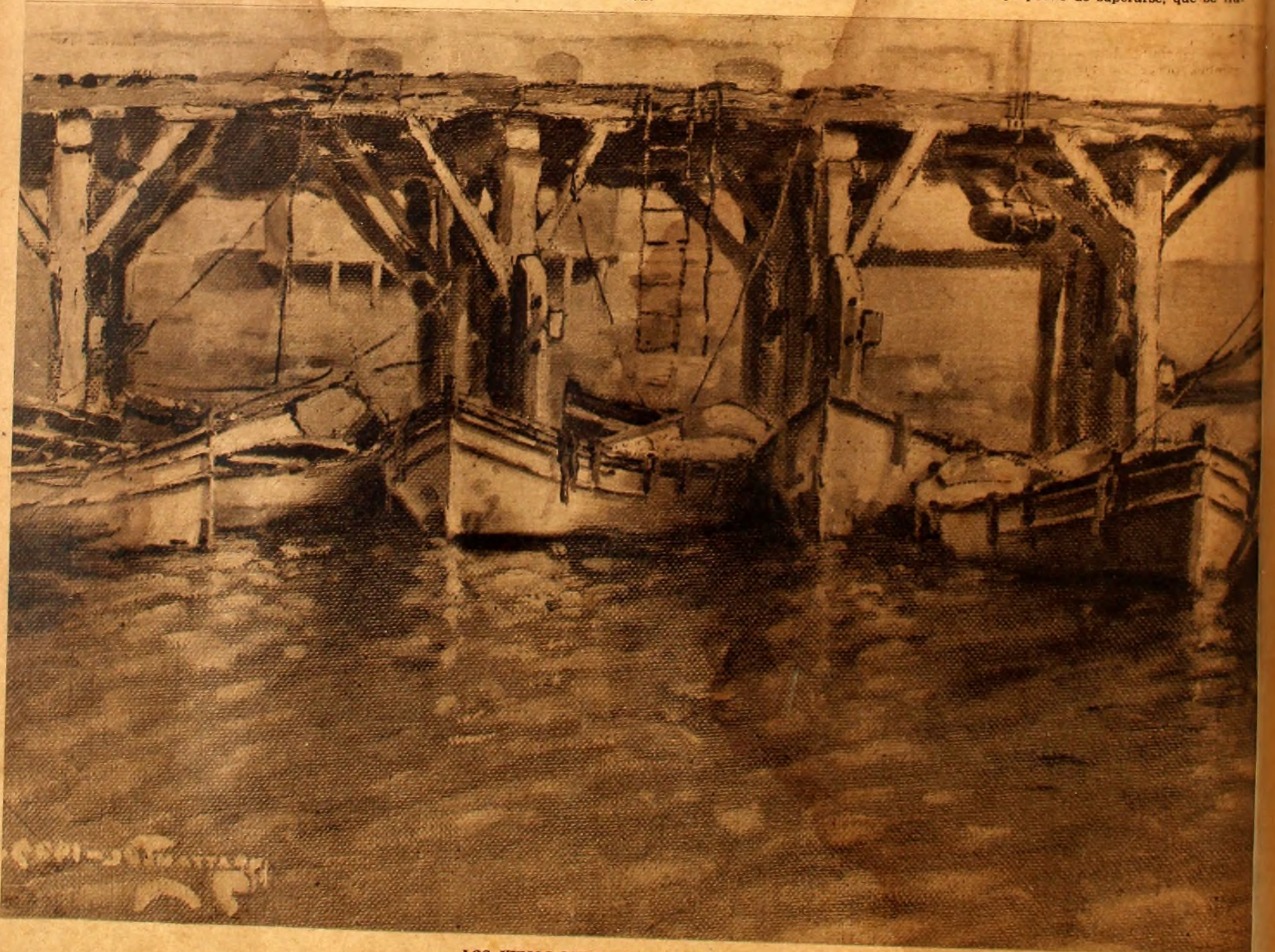
□□□

Aparte del ingeniero Carlos Honoré que le enseñó sólidos principios de perspectiva y dibujo —tal y de lo que aprendiese en el breve tiempo que concurrió al taller de Blanes, Larravide fué un pintor nato, que si tuvo un maestro ese maestro fué —a través de sus cuadros— el marinista italiano Eduardo De Martino, que había vivido un tiempo en Montevideo.

Pudo, en la técnica, haber tomado algunas cosas de un artista español —su camarada y medio socio de taller— el joven melancólico pintor catalán Héctor Escardó, muerto de tifus.

Ilusionado por la facilidad de sus triunfos primeros, Manolo Larravide descuidó el estudio.

Entiéndase bien: no pintar que para esto no tuvo nunca pereza, ni aún en los años de la invalidez y de la nefermedad (que soportó como un estoico) sino estudiar con ansia que arraiga en la saludable disconformidad con sí propio, que viene del propósito de superarse, que se nu-



LOS VIEJOS MUELLES DEL PUERTO



en un afán de perfección todos los días

poseyó la obsesión del más allá y cuando hubo llegado a ser un cielista— el secreto de los cielos limpios y hermosos— y supo pintar barcos con perfección y gracia, consideróse artista hecho, un marinista en la más amplia latitud del término, que nada le quedaba por aprender.

Por eso cuando resolvió ir a Europa le dijo que iba "a pintar los acorazados".

Si una proposición formulada a la dirección del viejo Museo Nacional —propuesta casi ignorada ahora— hubiese hecho camino, puede ser que las mismas exigencias de la obra hubieran obligado a romper, mismo a despecho suyo, el cerco engañoso que lo encerraba.

Entiendo referirme a la serie de cuadros navales de tema histórico, que comprendía los variados temas que enumeramos más abajo y cuya realización imponía una ruda y concienzuda labor.

El sabio botánico que estaba al frente del Museo Nacional, acaso no prestó su apoyo a la bien encaminada iniciativa, ajena por lo demás a sus herbarios y sus gramíneas.

La serie de los episodios concebida por Larravide comprendía los variados temas siguientes:

1.º La escuadrilla de Solís entrando al Río de la Plata. 2.º Escuadrilla de Brown de Zavala frente a la bahía de Montevideo. 3.º Tentativa de incendio de la escuadrilla española por los patriotas. 4.º Expedición de los Treinta y Tres. 5.º Combates entre la escuadrilla nacional y los barcos de Brown, en aguas de Montevideo. 6.º Captura memorable del episodio de los buques de Garibaldi. 7.º Batalla de la Plata. 8.º Invasión del vapor América. 9.º Salida de Barca Puig. 10.º "La Carolina" perseguida por el vapor "Artigas". 11.º Desembarco de los revolucionarios del 86 en Uruguay. 12.º Llegada del presidente Juárez Celman a Montevideo. 13.º Partida del presidente Tajés para Buenos Aires. 14.º Poco o nada tenía estudiado especialmente de los motivos a la hora de proponerlos.

Sólo para el desembarco del 86, poseía algunas frescas notas del natural, tomadas cuando fué a la estancia de Don Nicanor Amaro, en el Hervidero, en la excursión que hizo con Honoré a Paysandú y al Salto.

El género histórico particular que informaba su proyecto no le era extraño: prueban sus telas "El Combate de Tornaduro" (pintado en 1894) y "11 de Abril de 1826", que figuran en museos argentinos.

□□
□

Manolo Larravide —y en eso se parecía a Blanes— era hombre arreglado en su vida, que no dió al olvido —y la misma vida se lo exigía por otro lado— la parte ingrata aneja a la carrera artística cuando baja a rozar las finanzas.

Tuvo un excelente mercado entre la

sociedad porteña, negoció atinadamente sus telas en justas oportunidades y pugnó, con sobra de justicia, por que se principiara de una vez a reconocer un valor a la producción artística, que se cotizaba en cifras irrisorias.

Yo puedo dar fe de que la revista "Rojo y Blanco", que no produjo pérdidas a sus editores, pues entonces la habían suprimido inmediatamente, me pagaba a mí un peso cincuenta por una ilustración de página entera.

"La Alborada", que dirigía Constancio Vigil, tampoco era mucho más larga.

Item, a mí era a uno de los pocos a quien pagaban, no por el mérito de mis trabajos desde luego, sino porque, así como eran, los necesitaban y yo entendía igual que el marinista que no había derecho a pedir gratis para favorecer a unos comerciantes llorones impermeables a toda sugestión desinteresada, que tiraban su riguroso tanto por ciento.

Por esta tiranía Samuel Blixen, que era director de "Rojo y Blanco", se veía obligado a vivir a las pechadas.

Optimista inflamado, incapaz de negar nada, y de una bonhomía clásica, se hacía difícil negarle nada a él.

Aquí cuadrará bien una anécdota de Lararvide, que tengo de su propia boca y de la que creo hice caudal otra vez.

—Quedamos entonces, le dijo Blixen al marinista estrechándole la mano, en que nos vas a pintar una carátula... El tema que quieras, tú lo elegís no más...

Trato terminado, había ya una carátula que añadir a las obtenidas de Carlos Herrera, Saez, De Santiago, Bosco, Roberto Castellanos, etc., etc., y a las que se pirateaban a las revistas extranjeras.

—Ché Samuel, ¿y qué carátula le ponemos a este número?, preguntó al director Juan Carlos Moratorio que actuaba de secretario de redacción.

—Convendría elegir alguna linda entre las que tenemos... fué la respuesta de Blixen.

—¿Cómo entre las que tenemos —replicó Moratorio— si no tenemos ninguna?

No había carátula realmente, "las que tenían" existían sólo en la imaginación de Blixen.

—Entonces es preciso ir ahora mismo a lo de Lararvide y decirle que la carátula es de apuro y que la necesitamos para el viernes sin falta.

Moratorio tomó el tren de tres caballos que decía en la tablilla: "A la Unión" rumbo a lo del pintor que había edificado un estudio propio en la última cuadra de la calle 18 de Julio, entre Victoria y Boulevard Artigas.

—Vengo de parte de Samuel —le dijo Moratorio— por la carátula de que hablaron el otro día.

—Muy bien; lo único que hay es que todavía no la hice, respondió Lararvide.

—La cosa está, sin embargo, en que no tenemos carátula para este número y la necesitaríamos en seguida como quien dice.

—Pues entonces, dejo la marina que tengo en el caballete, me pongo a acuarelarla ahora mismo y la mandan buscar pasado mañana...

Y con la naturalidad más grande añadió:

—Pero ya saben que siendo de apuro les cuesta el doble...

Moratorio salió del estudio desprovisto. Blixen al saberlo, se quedó de una pieza y en lo de Dornaleche, éste, Reyes, Lagomarsino, no querían creerlo, indignados.

¡La carátula de Lararvide costaba el doble!

¡El doble a ellos, que nunca habían soñado pagarla ni sencillo!

Aconteció este verídico caso más o menos al fin del año 1900.

"Rojo y Blanco" cesó de publicarse en Diciembre de 1902, y no tengo para qué decir que la carátula de Lararvide no apareció nunca...

J. M. FERNANDEZ SALDAÑA.



EL VAPOR DE LA CARRERA

Foto Club

EL VALOR NEGATIVO DEL MIEDO



IMAGINAOS libres del yugo del temor a la muerte, del temor a las críticas, a la pérdida de la fortuna o del empleo, del temor a vuestros propios impulsos e inhibiciones, del temor a la vida misma. Imaginaos osando ser en la vida real el héroe o la heroína de vuestros sueños, de la aventura emocionante, de la empresa espectacular, de la hazaña dramática; un Lindbergh, un Rockefeller, un Basil Zaharoff. En alas de tal sentimiento el hombre alcanza el Olimpo del triunfo.

Ninguna gran figura alentó el miedo. Jamás el éxito, por modesto que fuera, fué concebido por el miedo. Los temores son la maldición de la humanidad. El coraje es una actitud mental y la armadura mágica de los hombres dioses. El coraje convierte a los hombres en dioses. Coraje implica poder. El miedo es la gran debilidad que se alza entre el hombre y la divinidad. El miedo gobierna al mundo. Los arriesgados gobiernan a los pusilánimes, y son los "superhombres" de las distintas épocas.

El talismán de las "vidas protegidas" de aquellos que están expuestos a grandes peligros—reyes, dictadores, aventureros—es su coraje. Mussolini me ha dicho que no teme la mano del asesino. Los atentados a su vida—y éstos han sido muchos más de los que el público conoce—lo dejan impávido. La vida del rey de España, como también lo estuvo la de Primo de Rivera, está "protegida". Al día siguiente de un atentado criminal vi a Primo de Rivera riendo y chancando en un café de Madrid, desprovisto de vigilancia. Durante el período inaugural de las reformas de Kemal Pashá y de la forzosa pero en ese tiempo resistida "europeización" de Turquía, solía ver a "Ghasi, el conquistador", como se le aclama, dirigiéndose despreocupado a través de las calles de Angora al Angora Club, que era entonces una simple barraca abierta a todo el mundo. Los ojos azules de Ghasi Kemal escudriñaban con interés su público heterogéneo, pero nunca con temor. El general Gordon, de Khartoum, se sentía suficientemente armado con un bastón y una Biblia.

En tales casos el coraje es una armadura contra las intenciones malignas, y suele infundir miedo en el ánimo del antagonista. El mundo debe al coraje algunas de las grandes exploraciones, de los grandes progresos científicos. La valentía de los hermanos Wright nos legó hace veinticinco años la aviación. La valentía de los "pioneers" enriqueció a la Corona británica con nuevos imperios. La valentía de los patriotas trocó en países independientes las colonias americanas. El coraje nacional consiguió la independencia nacional. He ahí el caso de Turquía, que rompió el tratado de Sévres. El coraje de los apóstoles, filósofos, inventores, comerciantes, ha dado al mundo nuevas religiones, nuevas doctrinas, nuevas esperanzas, nuevos progresos, nuevas industrias, osadas expediciones a través de los mares, de las selvas vírgenes y de los desiertos de hielo, y ahora desafia a los tempestuosos dioses del aire.

El temor a las críticas engendra la hipocresía. El miedo paraliza los sentidos y la conciencia. Puede tornar en mentiroso al hombre veraz, al amigo en enemigo, al aliado en traidor. El miedo al castigo perjudica a la mente y al desarrollo del niño. El miedo a la pérdida del prestigio puede restringir la generosidad, la amistad, la hospitalidad y las decantadas virtudes cristianas. El temor a la pérdida financiera—inevitable cuando hay probabilidades de ganancia—ha aventado los proyectos de más de un millón en potencia.

¿Por qué es más fácil tratar con los jefes que con los subordinados? Aquellos no tienen temor alguno, ningún sentimiento de que pueden perder algo. Los grandes son siempre más simpáticos, pues saben que nadie les puede quitar lo que son. "El éxito atrae al éxito". No hay duda de que la confianza en sí mismo produce confianza en los demás. El coraje de un hombre o de una mujer en un desastre suele surtir un efecto mágico. "Polse", como dicen los ingleses, esa aureola mágica e indefinible del prestigio social, es el secreto de aquellos que no temen a sus propios impetus, a sus propias debilidades.

Las existencias de la mayoría de la humanidad civilizada están moldeadas y guiadas por el miedo a esto o aquello, instaurado en ellos desde la infancia, y luego por sus profesores, por el ambiente o la tradición. Pero el miedo a la libertad, contradictorio como puede parecer, es una característica muy compleja de una larga porción de la humanidad civilizada. Libertad significa responsabilidad, confianza en sí mismo, valor de las convicciones, tenacidad, exigencias excesivas para quien está acostumbrado a la rutina de una prisión mental. La viuda, la niña convertida de pronto en señorita, la asilada, al encontrarse en el mundo no siempre saben cómo usar, como explotar la libertad con que han sido inesperadamente agraciadas.

Los ex príncipes y princesas que tras las doradas rejas de la vida cortesana y la tradición real anhelaban la libertad de los plebeyos, no han encontrado en ella los placeres ayer tan ansiados. El testimonio, material o mental, de más de un personaje regio certifica que la libertad no es deseable si no se está preparado para disfrutarla. Los débiles tienen razón en temerla. El miedo moral parecería un legado de las viejas generaciones, aferradas a la tradición y a todo lo que ella significa. Las civilizaciones nuevas, América, Turquía y la Rusia revolucionaria, son arriesgadas en sus empresas y experimentos, pues tienen poca tradición que perder y mucho que ganar para la historia que están elaborando. De la misma manera muchos izquierdistas y radicales modifican sus ideas avanzadas al correr de los años. Esto se debe a que el juicio se serena o también a que el tiempo les ha legado algo que temen perder, que no se atreven a arriesgar.

En Europa, y en Gran Bretaña especialmente, vacilamos conscientemente, tememos las innovaciones, el repudio de las costumbres del pasado. Proclamamos con cierta agresividad que lo que fué bueno durante siglos para nuestros antepasados, es "bueno también para nosotros". Pero en el Nuevo Mundo y en los países nuevos la misma complacencia de las viejas generaciones incita a la juventud a la rebelión, alentándola a experimentos osados.

En el veintiún aniversario de la apertura de su tienda colosal, pregunté a Mr. Gordon Selfridge si no había temido por el éxito de un experimento tan revolucionario en un Londres tan conservador.

"Yo nunca he temido a nada", me declaró. "Requería coraje abrir hace veintiún años un negocio semejante, pero yo tenía fe y carecía de miedo". Con idea de escribir este artículo pregunté a otros hombres de negocios el secreto de su éxito. "Afrontamos las dificultades con coraje", era su principal respuesta. Interrogué a hombres cuyas vidas habían sido orientadas con determinación y valentía, cómo hicieron para nunca caer, para allanar las dificultades que se habían presentado a su paso. El optimismo positivo del coraje los había empujado, los seguiría empujando. La guerra nos reveló muchas fases de este aserto.

Durante mis viajes, especialmente los aéreos, he tenido más de una oportunidad de estudiar la psicología del miedo. Si el coraje es fuerza, también es aprendizaje, y no debe confundirse con la inconsciencia del peligro. No conocer el peligro—

y hay individuos que no lo conocen—y saberlo enfrentar son dos cosas distintas. Durante el primer vuelo transatlántico del "Graf Zeppelin", en octubre de 1928, los dioses de las tormentas se vengaron de la humanidad presuntuosa, amenazando terminar con el dirigible y las sesenta vidas que llevaba. Presenció entonces uno de los dramas más conmovedores de valentía y coraje. El viento había desgarrado parte de la cubierta de aluminio y arrancado una de las aletas elevadoras. Comenzaba a entrar por la brecha producida y seguiría asolando la aeronave.

Knut Eckener, hijo del comandante, encabezó a un pelotón que asumió la tarea de trepar hasta los desperfectos y repararlos. Apoyándose tan sólo en las rodillas, cosiendo con las manos, estos hombres valientes proseguían su tarea a pesar del viento que trataba de arrojarlos al espacio. Los motores del zeppelin estaban detenidos, para que el torbellino levantado por las hélices no dificultara los esfuerzos de aquellos valientes. Azotado por la lluvia, flotando a merced de los vientos sobre el Atlántico, el gigante de 230 metros de largo comenzó a descender hacia el océano. Cada vez nos acercábamos más a sus aguas turbulentas, mientras aquellos hombres trabajaban febrilmente por reparar la brecha. Trabajaban bravamente por salvar a la aeronave y a sus tripulantes.

El capitán Fleming se acercó al Dr. Hugo Eckener, que estaba en el puente principal, y le dijo:

—Señor, debemos poner dos motores en marcha. El zeppelin se hunde.

El Dr. Eckener no prestó atención. Tal vez no oyera. Fleming repitió su pedido, señalando el mar cercano.

—¡Dos motores, dos motores para salvar al zeppelin!

Con el rostro contraído y duro como el granito, el Dr. Eckener miró rápidamente en dirección a la aleta rota y dijo con ruda voz:

—¡Pongan en marcha los motores!

Pronunció un "mi hijo" casi imperceptible y volvió la cabeza como si ya se hubiera producido la catástrofe. Valiente, pero intimamente desesperado, dió la orden que creía iba a sacrificar la vida de su único hijo.

Solamente diez minutos más tarde supo que el torbellino de las hélices no había arrojado a Knut y sus compañeros al agua.

Este primer vuelo era experimental, y no hubo como avisar a los maquinistas para que hicieran funcionar los motores.

El miedo es una fuerza negativa, aliada del pesimismo. El miedo amengua al hombre mental, moral y físicamente. Puede ser también preventivo contra la agresión en las naciones y los individuos.

Hay pocas naciones capaces de jactarse de no temer una agresión exterior de cualquier clase. La cuestión universal del desarme ha surgido de la acción internacional de postguerra entre países que se sospechan mutuamente y se previenen contra un posible ataque; y hay, sin embargo, naciones que no abriguen ningún temor, pero que no son pacifistas ni militaristas. Suecia, Noruega, Suiza y Holanda, por ejemplo.

Los recelos, la incertidumbre, las inquietudes acerca del futuro, pueden trocar al espíritu activo de una nación en espíritu negativo y pasivo que debilitará la fibra nacional. Tal ocurre también con el individuo. El pesar no contiene al miedo, pero los remordimientos más reales son menos una loable actitud mental como la gente proclama, que una forma del miedo inconsciente e inarticulada. Ese arrojó de los soldados frente a Agincourt, por el cual Enrique V clamaba al cielo, lo estimaba como la ausencia del "sentido de las probabilidades", que es la remora de los hombres conscientes y vacilantes.

No es seudo osadía la que impulsa a los Yogis de la India a sus peregrinaciones a través de las selvas vírgenes. Los Yogis no temen a las bestias feroces. Domeñan con su propia temeridad a la naturaleza salvaje. Esto se debe, acaso, a que su filosofía exige la absoluta inmunidad de las bestias, reptiles e insectos, y los animales reconocen pronto al amigo y al enemigo. Las sorprendentes conquistas de los domadores de fieras son debidas solamente a la falta de miedo del amansador intrépido.

Cuando estuve en la India conocí al famoso Yogi Divekar, que estaba a punto de irse a meditar a la selva virgen. Le interrogué acerca del posible peligro de los tigres, serpientes y otros animales mortíferos. Yogi Divekar me aseguró sonriendo que él nunca en su vida había hecho daño a ningún ser viviente, y que, por lo tanto, los animales tampoco le harían daño alguno. Y esto debe ser verdad, pues habitó en la selva durante varias semanas y volvió sano y salvo.

Ciertas tribus del norte de África, los Aissouis, no temen a las serpientes, escorpiones y demás animales nocivos. Forman antes bien una comunidad de culto especial como los francmasones que una tribu. Cada aldea de un distrito alberga a uno o varios de estos Aissouis, que siguen en los trabajos y en las diversiones la costumbre normal de la vecindad, hasta que escuchan la campana que los llama a sus ritos especiales.

Yo los he visto alzar en las manos serpientes e insectos ponzoñosos y he presenciado algunos de sus ritos, privilegio debido a la intrepidez de mi marido, que me condujo serenamente hasta el círculo frenético formado por los Aissouis, que, manchados de sangre, se excitaban con la danza y agitaban las cabezas bajo el fuerte sol de Marruecos. Desde el amanecer habían estado afaunados en este frenesí, corriendo tras los corderos que los otros secuaces arrojaban al círculo. Los asían, los descuartizaban, devoraban la carne aun caliente y tiraban al aire los huesos y la piel.

Los cotos de animales de Canadá y de los Estados Unidos ofrecen ejemplos extraordinarios de cómo la seguridad y la no agresión transforman a los animales. Cuando estuve en Canadá el año pasado, fui a visitar una de las grandes reservas de las montañas rocosas. Allí podía acercarme hasta a los osos, hasta, incluso, a las madres con crías, que generalmente son tan bravas. No se asustaban, pues sabían que nadie les haría daño

y se mostraban amistosas con el hombre amistoso.

De niña, viví algún tiempo en el África del Sur, y allí mis compañeros de juegos, los niños europeos, solían jugar con animales feroces para con las personas mayores, pero inofensivos con ellos. Después de todo, el perro de peor carácter rara vez ataca a un niño, a pesar de que éste suele tomarse libertades excesivas con sus manecitas. Por otra parte, un caballo o un perro de carácter normal suele morder a la persona que le tiene miedo. Si uno demuestra miedo delante del animal y corre, éste lo perseguirá. Esto mismo se aplica a los pueblos primitivos y a los pueblos civilizados, pero degenerados por las revueltas y revoluciones.

Recuerdo una Navidad en El Cairo, cuando el odio contra los ingleses se expresaba por medio de continuos asesinatos y ataques, de los que no se libraban las señoras europeas. Se aconsejaba a los europeos no frecuentar los barrios de los nativos. Pero yo realizaba mis caminatas de todos los días, y a veces pasaba entre grupos hostiles sin inmutarme, aunque me constaba que cien ojos me seguían. Mi nerviosidad podía incitar los instintos agresivos y tal vez asesinos de aquella gente, mientras que la indiferencia no era provocativa.

El temor a la muerte es la gran maldición de la humanidad. Pero el temor a la vida lo convierte en una expectativa deseable. Cuando el hombre se da cuenta de que morir es tan natural como nacer, el terror a lo desconocido desaparecerá en gran parte. Pero la religión cristiana, tal como se practica hoy en día, estriba más en la recompensa prometida que en el castigo eterno. En las viejas civilizaciones, la Iglesia desempeñaba un papel avasallador con su práctica del Infierno, sus pinturas de la muerte, como la suprema venganza de Dios sobre las humildes criaturas que El mismo había creado. Idea absurda. Los países más atrasados son los gobernados todavía por la Iglesia, en los cuales la influencia clerical frustra el progreso y la educación secular. Las civilizaciones jóvenes han separado definitivamente a la Iglesia del Estado, devolviendo a la Iglesia lo que es de la Iglesia, pero librando al individuo del yugo de sus prejuicios, de sus prohibiciones.

Cristo es el ejemplo más grande de coraje que el mundo ha conocido. Fué valiente en la vida y valiente en la muerte. Murió por el hombre para demostrar a la humanidad temerosa que la muerte no existe, y que la vida es tan sólo la preparación para otra vida futura.

El mundo occidental tiene un complejo de terrores mayor que el oriental. Que Oriente sea más fuerte espiritualmente que Occidente se debe en parte a esta visión mental. El llamado fatalismo de Oriente es menos resignación que certidumbre de que las alternativas de la vida siguen día por día, hora por hora, la sucesión natural de las primeras causas.

La doctrina del Islam proclama que el morir en la batalla es el camino más seguro del paraíso, y desprecia la vida humana. El budismo enseña que el mundo sólo cuenta como parte de un ciclo que evoluciona hacia la perfección y la paz inmortal. En China, con su población de quinientos millones de habitantes, la vida no significa nada y la muerte suele ser reposo agradable. En Oriente la muerte no implica dolor. El miedo a la muerte es artificial y adquirido.

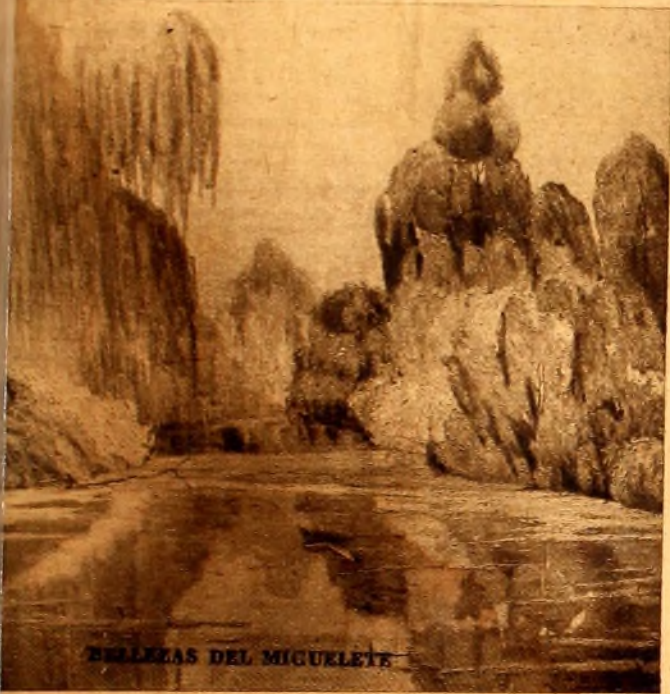
La primera pregunta que se me hace sobre mis viajes por aire y por tierra es: "¿No tiene miedo?". Yo no tengo miedo. Nunca he experimentado el temor a lo desconocido. En realidad, un instinto de explorar lo desconocido ha dominado mi vida, mis acciones, y esto no siempre sin perjuicio para mí. Considero la vida como una aventura gloriosa y la muerte como el gran viaje a lo desconocido.



LADY GRACE
DRUMMOND
HAY



SOLEDAD (El Arquito)



ERLENAS DEL MIGUELE



SIERRA de Minas

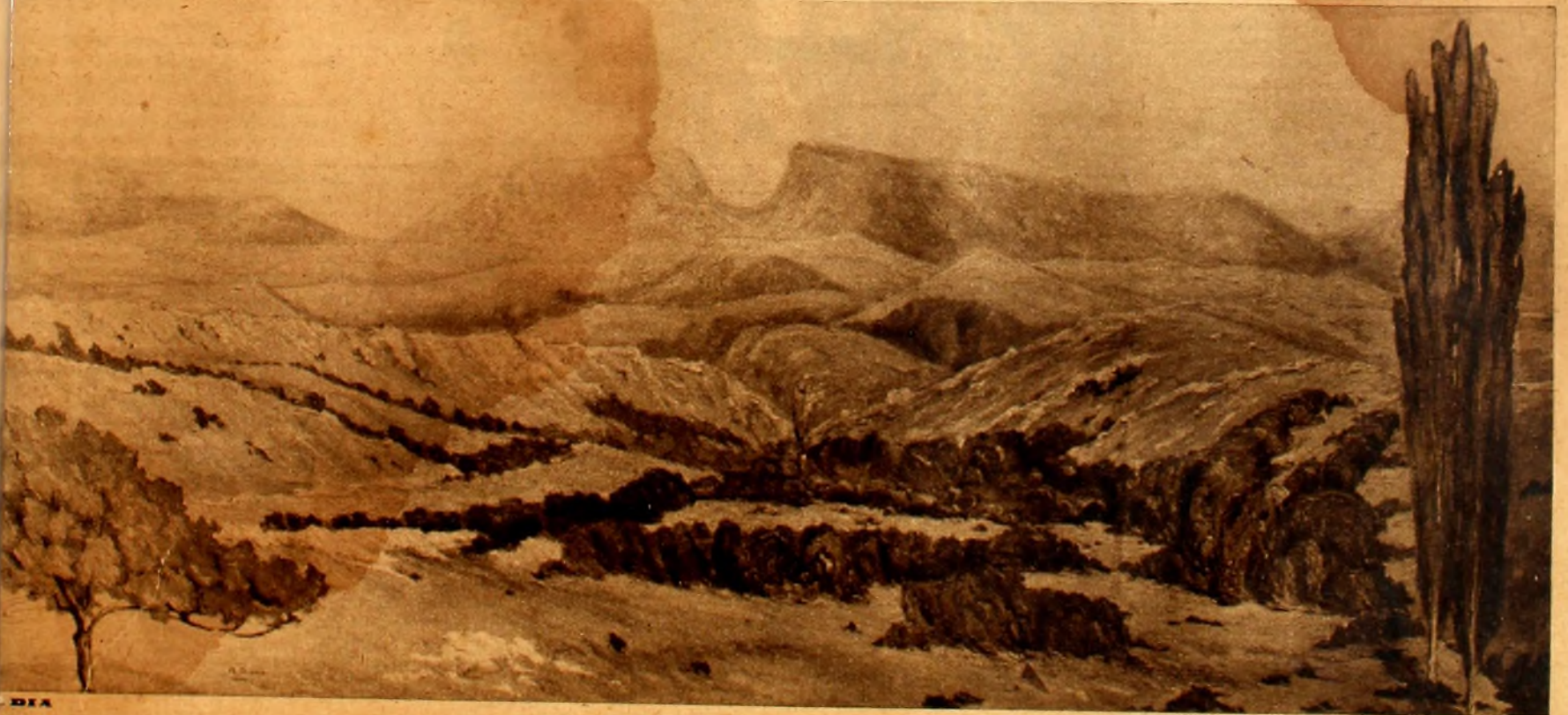


EXPOSICIÓN: Alberto Dura.

EL RECODO
(Avenida de la
Fortaleza)

EL PAISAJISTA NACIONAL ALBERTO DURA HA INAUGURADO CON EXITO UNA EXPOSICION DE SUS OBRAS, LA 7.ª MUESTRA DE SU LABOR NOTABLE, QUE HA INTERESADO VIVAMENTE AL PUBLICO.

SIERRA de Minas



EL HOMBRE QUE SE REIA DEL CALOR

Por ARRIQUIBAR



broma de esta clase a individuos que tenían la comida a dos kilómetros cuesta arriba, con tramos de quince por ciento, era como jugar con nitroglicerina. Pero, en fin: Teodomiro salió relativamente indemne. Y para congraciarse con sus compañeros, les preguntó:

—¿Qué es lo que os asusta?

—Subir a pie hasta casa —le replicaron.

El cerebro del genio incomprendido se puso un momento en ebullición y, al fin de una meditación dolorosa, propuso:

—Hay un recurso.

La ansiedad se reflejaba en todos los rostros. Gentes humildes, sin grandes medios de fortuna para desfilfarrar en un taxi, se creían también lo suficientemente humildes para arrostrar el derroche de grasa que supondría exponerse por el puente del Arenal y por la cuesta de casa a la cocción rápida del sol de las dos de la tarde.

Teodomiro propuso:

—En vez de subir a casa, vamos a bajar.

Sus compañeros lo tomaron por las buenas y la proposición tuvo un éxito de risa.

—¿Por qué bebes —le preguntó uno— si sabes que te hace daño?

—¡Os hablo en serio! —protestó el malogrado inventor—. Se trata, sencillamente, de que cojamos el "funi", subamos a Archanda y desde allí bajemos a casa, en lugar de subir desde aquí.

En este momento comenzó la desbandada. El que más y el que menos considera poco ventajosa la proximidad de un demente y procura ponerse a cubierto de consecuencias posiblemente desastrosas. Pero Teodomiro, que siempre ha tenido mucha fe en sí mismo, se encaminó al funicular. Subió a Archanda y desde Archanda intentó bajar a su casa.

VI

Decimos intentó, verán ustedes por qué. Porque Teodomiro se ha pasado toda su vida entre su domicilio y la oficina y de Bilbao apenas conoce más que los tejados que ve a vista de pájaro desde la ventana de su casa, colgada de una estribación de Archanda. Y de Archanda no conoce más que los caminos ondulantes y zigzagantes que ve desde otra de las ventanas de su casa; pero no tiene de ellos el conocimiento directo de haberlos frecuentado, ni siquiera transitado. Así es que no resultará extraño al lector que al anochecer estuviese Teodomiro en la cresta de Archanda.

Entonces, las equis manos de los equis compañeros de Teodomiro se abatieron con desaliento mientras un profundo suspiro les llenaba los pulmones de un aire asfixiante.

—¡Hay que ir andando! —exclamó uno, repuesto del desaliento.

—¡Hay que ir andando! —se repitieron todos como una trágica consigna que quisiera decir: "¡Morir habemus!"

III

Teodomiro esbozó una leve sonrisa que un compañero capturó al vuelo.

—¿Tú tienes algún remedio para no ir andando? —le preguntó.

—Hombre, sí —contestó al mismo tiempo que se clavaban en él ansiosamente todas las miradas—. Y siguió: —Ir a gatas. La ovación fue inenarrable. Lanzar una



da, de regreso de Larrabezua, después de haber pasado por Derio, haciendo un cruquis y unos cálculos en un margen del periódico que habitualmente suele leer y que, aun cuando no sea necesario decirlo, no es otro que EXCELSILS.

Se marchaba el sol y venía la oscuridad y el ingenio de Teodomiro no daba de sí lo suficiente para resolverle el intrincado problema en que se hallaba metido por culpa de su mismo ingenio. No sabía qué camino tomar ni por qué resolución pronunciarse y quiso su madrastra la Casualidad que allá, a media noche, un tortuoso camino sembrado de resbalones y tropezones, le condujese ante la fachada de una casa que se apresuró a reconocer como la propia.

Había que subir hasta el sexto piso y ésta era otra cuestión peliaguda para el bueno de Teodomiro, que se había prometido a sí mismo no padecer aquel día los inconvenientes del calor tórrido.

Subir hasta el sexto piso...

Era ésta una empresa que requería un ánimo esforzado y un espíritu de sacrificio digno de un San Pedro de Alcántara. Y Teodomiro era un hombre de formidable ingenio; pero entre sus virtudes no estaba la abnegación. Al menos, si estaba, él no la había visto nunca.

Así es que tardó poco en pronunciarse por una solución definitiva y digna de él.

Subir la escalera, los ciento quince peldaños, uno a uno, echándose de vez en cuando las manos a las caderas, descansando en los rellanos, cogiéndose frecuentemente a la barandilla? ¡Quilá! Eso no lo haría Teodomiro mientras en su mente alumbrase como una impercedera luz la ta de radio, su imponente ingenio. Eso, nunca, jamás.

Ni mientras hubiese ingenio en su cabeza ni mientras en la fachada hubiera un sólido tubo de bajada de aguas, que bien pudiera convertirse, a voluntad, en tubo de subida de Teodomiras ingeniosos y obstinados.

V

Y Teodomiro comenzó a subir, poniendo en la obra un ardor juvenil y una pericia de gimnasta.

Ahora que el ardor y la pericia le llevaron justamente hasta el primer piso. Por otra parte, hubiera sido vano que le durase más, porque en aquel momento oyó bajo él una voz de timbre y tono municipal que le requirió conminatoriamente: —¡Baje usted de ahí!

Teodomiro estuvo a punto de contestar con un "¡No quiero!" estrepitoso, pero antes tuvo la sabia precaución de mirar donde la voz había nacido y no supo resolver con precisión si había nacido en la boca de un guardia municipal que le acechaba o en la boca de una pistola del 9-15 que le apuntaba con una insistencia molesta.

Lo cierto es que Teodomiro bajó casi con tanto trabajo como el que le costase subir y, bajando, bajando en compañía del guardia, llegaron fácilmente a los calabozos de San Agustín.

Para cuando se pudo comprobar que Teodomiro no era un vulgar escalador de pisos, sino un hombre rebosante de ingenio que lo aplicaba a todos los problemas prácticos de la vida, especialmente a las partidas de tute y a librarse de los efectos del calor; para cuando las autoridades tuvieron la certeza de que al poner en libertad a Teodomiro no lanzaban a la calle a un auténtico peligro social, enemigo del Código y de la propiedad privada, Teodomiro se había percatado de que nada hay tan confortable y fresco para esta época como uno de los calabozos que las autoridades tienen siempre preparados para alojar a los genios incomprendidos.

Nadie sabe de una sola ocasión en que Teodomiro se considerase rendido por la adversidad.

Teodomiro era, en su aspecto y en sus antecedentes, un hombre absolutamente normal, en el sentido de tomar por normal al hombre que no tiene más anormalidades que las habituales. Tenía los mismos vicios y las mismas virtudes que cualesquiera otra persona con cédula personal de una clase intermedia entre la primera y la décimotercera y ni su estatura desbordaba los límites corrientes entre las personas de aceptable presentación ni sus talentos le conferían prestigios excepcionales fuera de lo corriente.

Pero dentro de Teodomiro había una fuerza poderosa, que era la de su ingenio.

Arquimedes había dicho: "Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo".

Teodomiro era aun más soberbio. No pedía, como Arquimedes, el punto de apoyo, porque sabía que el mundo ya se mueve lo suficiente para no necesitar nuevos impulsos. Pero, si así no fuese, Teodomiro lo movería sin puntos de apoyo ni brazo de potencia, sin esfuerzo y sin palanca. Le bastaría la fuerza incontestable de su ingenio.

Para él las fuerzas naturales estaban en un grado de debilitamiento extremo. Para él la tormenta, la marea, el calor central de la tierra, la radiación solar, la fuerza expansiva de los gases, la gravitación universal y todo cuanto hasta que él llegó al mundo se consideraban agentes formidables, imposibles de vencer, eran, como tales agentes, de una categoría muy inferior a cualquier aprendiz de viajante.

II

Por eso, cuando sus convencios resoplaban, echando los bófes, como se suele decir sin gran exactitud, por un calor tórrido de cuarenta y tantos grados, él se sonreía.

Ayer le pasó eso. Salíó a las dos de la oficina con todos sus compañeros.

Porque —aquí un paréntesis— Teodomiro iba desperdigando el caudal ingente de su ingenio en los minúsculos problemas oficinescos que la vida le presentaba diariamente ante sus narices.

Teodomiro, como tantos otros, es un genio incomprendido a quien la sociedad arrinconaba en actividades subalternas desdénando el tesoro de sus aportaciones. Muchos Teodomiros que andan por el mundo van dejando su juventud y su madurez estérilmente; van prodigando el riego infecundo de su ingenio sobre la arena ardiente de la indiferencia.

Tan es así, que a lo más que Teodomiro podía aplicar su tesoro era a llevarse, casi indefectiblemente, las diez de últimas en las reiteradas partidas de tute que jugaba para proporcionar a su ingenio una adecuada válvula de escape que conjurase el peligro de una posible explosión el día menos pensado.

Volviendo a nuestro cuento, digamos sin más ambages que Teodomiro salió de su oficina con los compañeros a las dos de la tarde.

Que por delante de la puerta de su oficina cruzó raudamente un autobús cargado de viajeros, al mismo tiempo que el brazo derecho de cada uno de los compañeros de Teodomiro se alzaba haciendo el saludo fascista. Es un saludo al que los autobuses y tranvías corresponden indefectiblemente y respetuosamente deteniéndose un momento ante quien lo formula, pero esta vez el autobús, que iba rezumando gente por su portezuela, pasó con la mayor falta de educación y la mayor sobra de velocidad, balanceando contra el cristal delantero el cartelito "Completo", precioso eufemismo con el que los conductores de esta clase de vehículos quieren dar a entender que les sobra algo así como un centenar de viajeros.

COMO OBTENER Cabellos Rubios

De la revista "Deauville" —

El cabello rubio da a la mujer moderna un encanto igualado. Con el "método de 3 días" cualquier mujer puede cambiar el color castaño o negro de sus cabellos empleando en casa (como loción) la manzanilla Verum. Se obtiene así, un hermoso color claro o rubio natural uniforme. La manzanilla Verum que se consigue en las farmacias, jamás perjudica y por eso se recomienda mucho para los niños.



Dientes blancos y boca aromática a pesar del cigarro se consiguen con el uso de la

PASTA DENTIFRICA **PEBECO**

~ Para conservar ~
Un cutis perfecto

Antiguamente sólo algunas mujeres privilegiadas podían emplear en su tocador ciertas fórmulas. Hoy, todas las mujeres del mundo pueden disfrutar de uno de aquellos famosos secretos: la glicerina de almendra que es de propiedades maravillosas para el cutis. En

todas las farmacias pueden conseguirse ahora frasquitos económicos de 45 centésimos, legítimos como también los de mayor tamaño. La verdadera glicerina de almendra, que da tersura y rejuvenece el cutis no se vende jamás suelta.



Cine

Anne Darling de la
Universal.

Margaret Lindsay
joven actriz inglesa
que triunfa en Holly-
wood.

Patricia Ellis en las
nuevas producciones
de Warner Bros.



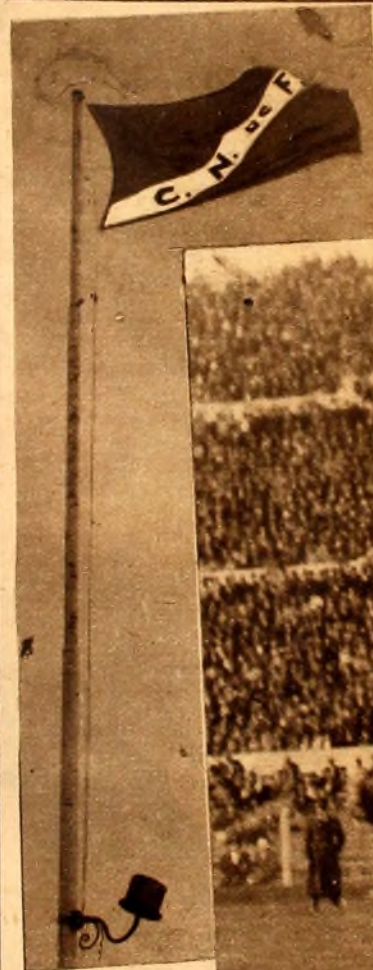
SPECIAL



Los de Penarol.



Otra vez el goalkeeper albo frente a la arremetida.



Primer partido y primer del campeonato 1934.



García Arispe,





García aprisiona con seguridad la pelota.



En salida recibe la pelota, Cabrerita le cuida el arco.

Mustini y Lorenzo



El goal de Arispe, anulado.

Los de Nacional.





MABELITA
ZUNINO
DELFINO



JOSE P.
MAZZALI
foto
MARCHESI.



JULIO
PONCE
DE LEON
foto
FIGOLI.



SARE Y POLL GUILLESPIE.

foto MARCHESI.



IRMA FERRANDO CARLESSI.

foto MARCHESI.



Felix Gambone
MODAS

Modelos en laix
babilúk y ciré

EJIDO 1327 CASI 18 DE JULIO

CARTERAS Y GUANTES
A PRECIO DE COSTO

\$1.90
1.

SOCIALE



Sta Genee Pegusci

es una foto por frangella hnos.



BAILARINAS alemanas interpretando bailes clásicos, de conjunto, en Estadio Kalsendamm, de Berlín

EXTRANGERO



FESTEJANDO la inauguración del monumento a Paul Doumer, en Aurillac, se realizaron fiestas características

EN la ciudad de Aurillac se ha erigido un monumento al ex presidente de Francia, Paul Doumer. Esta fotografía fué tomada el día de la inauguración



ANUALMENTE se realizan en Palos de Moguer actos conmemorativos, el día 12 de Octubre, en la Iglesia en oró Cristóbal Colón, que reproduce nuestra nota



LA princesa Shumoshere Yung, esposa del general Shumshere Yung Bahadur, primer enviado del Nepal a Inglaterra, falleció en el sanatorio de Woking. El cadáver de la princesa fué cremado el mismo día, de acuerdo con los ritos religiosos de Nepal. La fotografía tomada en el crematorio de St Johns, muestra la pira funeraria. A la derecha se encuentran los deudos y sirvientes de la princesa



La Selva de Spree

ESTE paraje de frondosos bosques de hermoso aspecto, atravesado por innumerables arroyos de agua cristalina, flanqueados por majestuosos árboles seculares, es un punto de excursión obligada para todo extranjero que visite Berlín. Pequeñas aldeas de construcción original e impresionante, casas de troncos y del lugar, que duran más de una generación, adornadas con lemas simbólicos; florecientes colonias agrícolas formadas por trabajadores modestos, gentes de pocas palabras, orgullo de las bellezas de su terruño y del éxito de sus cultivos, y entre esta gente, conservadora —por natural inclinación—, las costumbres y creencias, y hasta de los trajes de antaño.

Hay carreteras, dentro de los bien cuidados montes. Las hay en canales y cañadas por los que se comunican en una red de canoas, hechas de un solo tronco ahuecado, que se deslizan por las sendas acuáticas. Puentes ligeros unen las islas, poniendo en contacto a sus moradores con el mundo exterior. El cartero reparte la correspondencia, en verano en bote, en invierno sobre patines. En bote se va a los rezos, a las fiestas, a las familiares y al eterno descanso.

Dr. J. SCHROEDER.



PROVISIÓN DE LEÑA PARA EL INVIERNO



PASARELA SOBRE UNO DE LOS CANALES



Spreevaldbilder; Partie am Mühl-Spree.

CAMPOS DE PASTOREO CON PARVAS DE HENO



CAMPESINA, CON TRAJE TÍPICO, EN SU BOTE MOVIDO A PINGA



EXCLUSAS PARA VENCER DIFERENCIAS DE ALTURA DEL AGUA



REDUCCIÓN DE CANALES EN DIRECCIÓN DE CAMINOS

LOS ULTIMOS VERSOS DE LAMBERTI



ENTRO de breve tiempo —el 23 de septiembre— cumplirán tres años de la muerte inesperada del poeta Antonino Lamberti, el viejo Lamberti como le nombraban con simpatía cordial cuantos le conocieron — y eran legión — al contemplar aquella silueta inconfundible y gallarda de nevada cabeza que no le envejecía, la mirada serena de sus ojos azules y los labios sonrientes a cuantos le saludaban al pasar.

Los que le trataron, cuantos le escucharon alguna vez recitar sus versos predilectos, que decía con ternura recordita como si fuera acariciando imágenes y recuerdos imborrables, esa delicada "Flor del Aire", que se diría un símbolo de la vida del viejo poeta, o las recias y vibrantes décimas a "Montaraz", han de sentir reavivado su recuerdo ante la primicia de los últimos versos que escribió y los que hoy ofrezco a cuantos mantienen encendido el culto de nuestras cosas tradicionales, donde Lamberti nutría su pródiga alegría de soñador y a semejanza de las calandrias y zorzales de nuestros montes daba al viento sus delicadas rimas que llamaba Dispersas, nombre quimérico del libro que nunca publicaría.

Misteriosas combinaciones del destino de las cosas espirituales, aquella figura gallarda, ungida de gracia y simpatía que ya pasó para no volver, había visto la primera luz en Montevideo, de donde vino muy niño a Buenos Aires, y a los catorce años recibía su bautismo de fuego en las aguas del Paraná frente a San Nicolás, bajo las órdenes del marino argentino Susini en el año 1859. Pasó después sus días de brava juventud vagabundeando en las campañas de Entre Ríos, que dejaron en el espíritu del soñador esas indelebiles memorias reflejadas en varias de sus poesías, y en las pláticas de característico sabor criollo que no olvidarán cuantos las escucharon, porque poseía el don de animar las imágenes de los hombres y de las cosas desaparecidas con peculiar amenidad. ¡Oh, sus anécdotas pícaras que en vano se han pretendido imitar sin advertir que el tufo estaba roto para siempre!

Radicado más tarde en Buenos Aires, que le contó entre sus figuras características, alternó con los poetas de su tiempo como Ricardo Gutiérrez, Olegario Andrade, Estanislao del Campo, José Hernández y Rafael Obligado, sin sentir jamás emulaciones. Sus versos fluentes y espontáneos brotaron de tarde en tarde al calor de impresiones íntimas o en las noches de bohemia con Matías Behety, el amado camarada que se hundió en la eterna sombra con las visiones de Edgar Poe sin dar los frutos que su talento prometía.

Oriental por el nacimiento se consideraba argentino y como tal se le tenía, sin que jamás ocultara la tierra de su cuna, ni aun en las situaciones más riesgosas, como ocurre cuando se traen al debate las enconadas luchas de los tiempos de la formación de ambos pueblos del Plata.

Me será permitido si al recordar la obra de Lamberti — y sólo como una comparación — menciono un libro mío. Cuando publiqué "Montaraz", hace veintiocho años, acusándome recibo del envío, Lamberti escribió bajo idéntico título un soberbio elogio en vibrantes décimas, que reproduje en la segunda edición junto con el generoso prólogo de Payró, otro inolvidable camarada que me arrebató la muerte.

Pero ni su oriundez uruguaya y su admiración por el caudillo Artigas pusieron trabas a su brava inspiración

para pintar el encono rudo del choque entre las huestes bravías, con alto sentimiento de equidad como se advierte en las siguientes décimas:

Veo claro en las acciones
de las Guachas y las Tunas
el chispear de medias lunas
y de sables y rejonas;
veo infantes y escuadrones
y caciques y caudillos,
que enredados cual ovillos
de serpientes se revuelven,

¡Ah, Entre Ríos, Entre Ríos!
Cómo vienen otra vez
a buscarme en la vejez
los primeros tiempos míos;
sobre esos cuadros bravíos
que no acierto a describir,
cómo salen a lucir
todavía con halagos,
mis recuerdos de tus pagos
que no han podido morir.

Allá el monte de los talas
que en la bruma azul se pierde,
soñoliento el llano verde,

ción del paisaje comarcano a través del río que limita y no separa nuestros pueblos hermanos, para que la memoria de la cruzada libertadora de la Treinta y Tres exaltara su patriotismo, pero sin amenguar el acendrado cariño terrigeno por las campañas uruguayas cuyo recuerdo le acompañaría siempre, según lo comprueban los versos transcritos.

Idénticos conceptos se encuentran en el "Canto a Teresa", cuyas estrofas se dirían arrancadas de algún libro antiguo de homenajes, por su gentileza de conceptos y la forma caballeresca que ha sido rendido a los pies de una hermosa:

En esta tierra amiga, en esta gala
De valles y colinas y raudales,
De blando ceibo y palma, y duro talpa,
Donde hiciera vibrar su arranque de [sic]

El cóndor de los vuelos inmortales
Mientras miro la mía en el Oriente
Y por ella, olvidando desengaños
En honda heroica, de mi pecho ar [sic]

Sube la sangre a requemar mi frente
Bajo el casco de nieve de los cañes

Pero lo que no se sabía — y naturalmente me llena de complacencia al revelarlo — es que el cariño de los días juveniles y de la madurez volvió a reverdecer en sus versos postreros. Tengo delante la comprobación. Es una copia de las cuartetas enviadas a Delio Panizza — un poeta nativo de la selva de Montiel — cuyos versos ágiles y traviesos tienen la soltura y el naire del poeta que sabía manejar con destreza todos los metros. Dicen así:

CONTESTACION

AL POETA DELIO PANIZZA

Anduvo por allá, cuando tenía
Cincuenta y tantos menos este viejo,
Cuando todo lo vió lindo y parejo
Y de orégano el campo se le hacía

Anduvo por allá, por esos pagos,
Corriéndola feliz, lleno de bríos,
Mucho antes que el progreso de Entre Ríos
De los tiempos del gaucho hiciera [sic]

El podría decir muy bien como era
Aquello inolvidable: Gualaguay,
Punta Verde, Victoria y Villaguay,
Y la extensión salvaje montielera.

Quando al cruzarla fué caso sencillo
Un caso por frecuente no "mentao",
Resolver la cuestión con el "cebao",
Sin más armas que el poncho y el [sic]

Tierra brava, bajo cuyo cielo
El amor escuchaba las canciones,
Del andariego aquel con ilusiones
De ser de los contados de alto vuelo

Tierra brava, su primer etapa
De las sendas del mundo recorridas
Unas derechas, y otras muy torcidas
Sin contar la presente que es de [sic]

Y el viejo sigue, todavía cuerdo,
Que los males no atacan su cabeza,
Y criollo como siempre, de una pieza,
Es Entre Ríos su mayor recuerdo.

Al enviarme copia de estos versos tan suyos, porque están timbrados con el sello de su manera típica, a tal punto que sin estar firmados descubren al autor, escribió al margen con letra cuidada y clara sin un temblor, a pesar de sus ochenta y un años: "Un recuerdo más de su amigo viejo. A. L. Febrero 3 de 1926, aniversario de la batalla de Caseros".

Pocos meses pasaron cuando una mañana el telégrafo nos trajo la funebre noticia. En un hotel de Tucumán, mientras departía en rueda de amigos que escucharon su plática postrera, la muerte derrumbó sin arrancarle una queja aquella figura atrayente y simpática cuyo recuerdo no se ha de borrar.

LA CANCION DE LAS LINOTIPOS

Sentadas a lo largo del taller fragoroso
cantan las linotipos su canción ecuménica
que resuena a susurro de rosarios caídos.
En el halda sostienen
el divino juguete del teclado,
piano mágico que crea la sonata del verbo.
Con el rígido brazo
van prendiendo en sus bucles finas horquillas de oro.
Las obreras de hierro
sienten hervir su entraña bajo el pecho bruñido
y conversan nerviosas con palabras de plomo.

Locuaces e indiscretas,
se narran las primicias
que entran por las ventanas de las amplias cuartillas
enrejadas con tinta de cerebro.

(Tinta: sangre de periodista;
periodista: antena de la anécdota diaria;
anécdota: accidente de la vida;
vida: sueño del cosmos).

Sueñan las linotipos su canción ecuménica.

Palomas mensajeras
llegadas por las rutas submarinas del cable
o en la nave fantasma de la radio,
les traen los mensajes de lo inédito;
Mariposas mecánicas
que de estrella en estrella van libando heroísmo;

bueyes de hierro que aran los surcos submarinos,
audaces que destapan los casquetes polares,
o violan los pechos de las montañas vírgenes,
beodos del volante que derrotan al vértigo,
músculos en combate y cerebros en éxtasis,
taumaturgos del agio que resucitan pueblos,
guerreros cuya espada, roja de indignaciones,
va tronchando la farsa de los ramos de olivo,
sabios que en el misterio de sus retortas buscan la panacea humana.

Catástrofes... victorias;

motines, asambleas,

idilios anacrónicos,

crímenes y locuras,

luces de gloria y sombras de miseria.

Cantan las linotipos su canción ecuménica,

canción de verdad en mentiras,

canción del instante dinámico

que es ayer y mañana,

canción que es el eco

del asombro del hombre perdido en el mundo,

del asombro del mundo perdido en el cosmos,

canción que con notas del Todo resuena en la Nada.

Cantan, cantan, cantan

las activas obreras de hierro

teclando en su piano alfabético

la sonata del Todo Sabemos.

Sus palabras fecundas se funden en plomo,

se enfilan, se ordenan y se estereotipan

y luego, en el seno de las rotativas,

hallan eco múltiple

y largos caminos blancos que las llevan

a los ojos ávidos de emociones nuevas

del pueblo neurótico

que entre el desayuno

y el asalto al ómnibus preñado de urgencias,

por pocos centavos

pulsa los latidos vitales del mundo,

atesora normas

y devora el ácido pan de la omnisciencia.

LUIS ECHAVARRI

donde al último resuelven
la victoria los cuchillos.

Allí están los orientales,
allí están los entrerrianos,
costaneros y pampeanos,
en valor todos iguales;
choque de hombres y baguales,
lucha a muerte en campo abierto,
donde en el pasto cubierto
con la sangre de su vida,
cuanto más ancha es la herida
más altivo queda el muerto.

Y enardecido por la épica evocación
exclama mirando a través de la corriente del Uruguay, los montes y las cuchillas del suelo nativo:

tibio el aire, nubes de alas,
y la aurora con sus galas
coronándola el lucero,
y en el alma el hervidero
de esperanzas que se han ido,
y en el galope tendido
resoplando el parejero.

Y allá el Salto reluciente,
y más lejos la Agraciada,
y la brisa perfumada
azotándose la frente;
a la orilla del torrente
que el sol oriental refleja,
libre, varonil, sin queja,
y el pecho de patria henchido,
me pesaba no haber sido
soldado de Lavalleja...

Como se advierte, basta la evoca-

MARTINIANO

LEGUIZAMON

Tarzan

EL REY CAUTIVO

por EDGAR RICE BURROUGHS



PERO TARZAN Y HOTEPEL HOMBRE MONO SE SAL-
TARON EL MUCHACHO FUE ATRAPADO EN EL AIRE
N MONO.



LOS GRANDES SIMIOS RODEARON AL PEQUEÑO PIEL BLAN-
CA PARA EVITAR QUE TARZAN LO RESCATASE.



EL HOMBRE MONO ATAQUE, PERO.....



QUE DOMINADO POR LA CANTIDAD.



LAS MAS FUERTES LIANAS DE LA SELVA INMOVILI-
ZARON A TARZAN Y BUWANG AVANZO PARA MATAR-
LO.



EN ESO LLEGO TABONG, AUTORIDAD EN LA TRIBU, QUIEN
ORDENO A BUWANG QUE SUSPENDIERA EL GOLPE DE
MUERTE HASTA QUE LOS MONOS SE HUBIERAN REUNIDO
EN CONSEJO.

SAPELLI SUS VINOS SON EXQUISITOS
PRUEBE EL CHAMPAGNE
Los vinos nacionales nada tienen que envidiar a los extranjeros



CUANDO TERMINO EL CONSEJO, TABONG HABLO:
"BIEN MATA AL REY EN COMBATE, ES REY. TAR-
ZAN MATO A MODUG. TARZAN ES AHORA REY."



TARZAN CONTESTO "ESTAIS FUERA DE LA LEY,
YO NO OS QUIERO GOBERNAR, PERO LOS MO-
NOS ESTABAN OBLIGADOS POR UNA LEY ANTIGUA
A HOMENAJEAR A SU REY, AUNQUE EL ESTUVE-
RA CAUTIVO.

POR ESO MANDO TABONG A LOS MONOS
MAS VELOCES QUE PARTIERAN EN EXCUR-
SION POR LA SELVA, A BUSCAR UNA VICTIMA APRO-
PIADA PARA SACRIFICARLA EN HONOR DEL MO-
NARCA.



CAZADORES SE ENCONTRARON CON NIKOTRIS Y KA-
EL GIGANTESCO PRINCIPE DE LOS IBEKS COM-
VALIENTEMENTE, PERO.....



...FUE VENCIDO TRAS UN HABIL ATAQUE DESDE
LOS ARBOLES.



DESDE LO PROFUNDO DE LA SELVA, LOS CAZADO-
RES CONDUJERON A LOS AMIGOS DE TARZAN AL SA-
CRIFICIO EN SU HONOR. "DUM, DUM" GRITARON LAS
FIERAS "SANGRE PARA TARZAN EL REY."

Arranca
de raíces
el dolor



Geniol

QUITA EL DOLOR